

LA PREPARACION BIBLIOGRAFICA Y DOCUMENTAL DE LOS ESCRITOS DE DEL ARCO

Por MARIANO BURRIEL
Consejero de la Institución «Fernando el Católico»

EN la tarde del 7 de julio de 1955, don Ricardo del Arco andaba con prisas. Un manuscrito de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, el número 181, le esperaba, bien registrado ya con más de tres docenas de señales, en el estrecho y recogido despacho de su casa. Había de tomar notas abundantes de Blancas para un trabajo urgente. Veinticuatro horas después contemplábamos nosotros el voluminoso infolio del célebre cronista de Aragón, aprisionado por libros, por carpetas, por revistas, por hojas sueltas y por emborronadas cuartillas, en el menguado espacio libre de una vieja mesa de trabajo; pero..., en aquel momento, envuelto ya con un montón informe de telegramas de pésame recibidos por los familiares. Toda la prensa nacional y algunas emisoras españolas habían dado la tremenda noticia del accidente trágico que costó la vida al esclarecido cronista de Huesca y de su provincia.

Hubimos de pensar que las prisas de nuestro querido compañero en registrar libros y manuscritos de historia de Aragón eran, en aquel atardecer de julio de 1955, tantas o más de las que tuvo, mozo aún, en el año 1908, cuando comenzó a hojear, entre otras muchas, las publicaciones del concienzudo Llabrés¹, las notas bibliográficas del incansable

1. Entre otras, *Gabriel Llabrés y las Memorias literarias de Latassa*, «Revista de Aragón» (1905), p. 222-224. *Recuerdos históricos de Huesca: reedificación de la Catedral*, «Voz de la Provincia» (diciembre 1906). *Ordenanzas Municipales de Huesca* y otros artículos, en «Revista de Huesca», t. I (1903-4).

Latassa o los seis tomos de «apuntamientos» del minucioso P. Huesca². Manía, diríamos, de lector; manía, que había de agotar su vida.

En este primer laboreo bibliográfico del joven archivero de Hacienda de Huesca acaso quedaron fijados ya sus afanes de empedernido lector. Desde aquellas fechas, cada excursión o cada monumento crea en Del Arco nuevas inquietudes artístico-arqueológicas; desde aquellos sus veinte años, cada posible conmemoración histórica determina nuevas preocupaciones culturales; es decir, el área de su actividad literaria se ensanchará sensiblemente cada año; los matices de su erudición aparecerán cada día más variados.

Pretensión vana sería tratar en este lugar, aun en términos generales, de la portentosa labor de Ricardo del Arco. No es este nuestro propósito. Además, en oportuno artículo³, al que, aparte su mérito, dio notable actualidad la coincidencia de su publicación y del trágico accidente, se hizo ya relación muy exacta de sus publicaciones.

Quizá no sea inoportuno hacer, en las breves páginas que me brinda ARGENSOLA, una alusión ligera a las afanosas, variadísimas y agotadoras lecturas del fecundo escritor oscense.

Optamos, pues, por esbozar las fases más acusadas de su actividad de escritor en orden a la amplitud de los temas de su preferencia.

En los años 1908 a 1920 la monumentalidad destacada de la ciudad de Huesca, la indiscutible fuerza evocadora de los conjuntos urbanos de la provincia y aun el interés notable de las instituciones religiosas, culturales y sociales de ésta y de aquélla, producen en el joven archivero inquietudes informativas sobre las particularidades arqueológicas, históricas, genealógicas y folklóricas de la «Vrbs Victrix Osca» y de todo el Altoaragón. Es esta la fase de sus variados trabajos de vulgarización histórico-arqueológica⁴.

A partir de 1920, fecha del II Congreso de Historia de Aragón, que con acertada elección se celebró en Huesca, nuestro bibliotecario se

2. Borradores de apuntes documentales para el *Teatro histórico de las iglesias de Aragón*. Seis vols. con material aprovechable. Ms. Bibl. Publ. de Huesca. M. 69-74.

3. *Quién es cada cual: Ricardo del Arco y Garay*, «Bol. Direc. Gen. Archivos y Bibliotecas», núm. 31, p. 36-40.

4. *Estudios varios de historia y arte* (Huesca, 1911). *El Alto Aragón monumental y pintoresco* (en colaboración con LABASTIDA) (Huesca, 1913); obra de precisa finalidad turística. La serie de estudios sobre *Monasterios altoaragoneses* (Casbas, Montearagón, Santa Cristina de S. P., Santa Cruz de la Serós y Sijena) (1914-1915).

pone en contacto científico con investigadores zaragozanos, catalanes y valencianos, quienes conocen pronto la personalidad destacada del ágil, inteligente y laborioso secretario general. Es esta la época de su preparación histórica documentada y ceñida al medio oscense en que vivía.

En 1926, el centenario de Goya, en Zaragoza, brinda a Del Arco oportunidad magnífica para centrar sus aficiones artísticas en el hecho de una exaltación, obligada para Aragón, de la preeminente figura del pintor de Fuendetodos. Lograba, con su participación en las solemnidades del centenario, un entronque y hasta un enraizamiento (que hacía tiempo deseaba) en los medios culturales y artísticos de la capital de Aragón. Es esta la fase de sus regodeos estéticos en libros y conferencias, y a la vez, el momento en que capta ya la Zaragoza «madre de Aragón» y el Aragón «padre de España».

Más tarde, desde 1939 a 1955, cuando el sentido tradicional e imperial de nuestra cultura tuvo, después del glorioso Movimiento, valores más auténticamente españoles, en Del Arco se ensancha la perspectiva histórica de sus lecturas, y los temas más preferentes de sus escritos se encuadran, no en el ámbito local o regional, sino en el nacional. Es esta la fase de su producción más fecunda, más variada, más galana, pero, sobre todo, más española. Son estas como cuatro etapas sucesivas de sus acuciantes preocupaciones de fino observador, de incansable lector y, por consiguiente, de fecundo escritor.

Habremos de reconocer, además, en Del Arco, un sentido de rara oportunidad para la elección de temas concretos en todas estas fases de su portentosa producción literaria.

Curiosidad histórico-arqueológica.

Llega Del Arco a Huesca en 1908, con una juvenil curiosidad histórico-arqueológica, pero también con una fogosa inquietud estética, esta última más acusada quizá de lo que se ha creído. Pero, más que ésta y que aquélla, tiene valor en el laborioso archivero la promesa, (voto, casi) que sabemos se hizo en los breves años de su vida de soltero en Huesca, de no abandonarse, sino de aprovechar todos los medios y oportunidades posibles para no dejar, en sus años de casado (que habrían de ser muchos y de residencia ininterrumpida en Huesca), el estudio de temas aragoneses. Desde luego, en aquellos sus ambiciosos propósitos, no llegó don Ricardo a calcular la proporción de su fecundidad literaria.

Su primera publicación, *Guía artística y monumental de Huesca y su provincia* (Huesca, 1910), es resultado, más que de amplias lecturas, de fuertes impresiones estéticas recibidas en la contemplación del maravilloso tesoro monumental del Altoaragón, que aquí, por reconocido ya, no hemos de exaltar; pero lo es, sin duda, de un deseo de ampliar publicaciones anteriores sobre el tema, de una intención de continuar los husmeos de archivos y bibliotecas que ya iniciarían ilustres profesores, y más que nada, de un incontenible afán de magisterio aragonesista.

Los estudios monográficos de Llabrés, maestro de maestros, los notables trabajos de la interesante «Revista de Huesca», tan provechosa para las informaciones regionales y locales (1903-1904), la «solera» histórica de tantos y tan notables escritores oscenses, resultan para el joven escritor estímulos constantes en su ininterrumpida labor.

Por estas fechas comienza la lectura de documentos en viejos pergaminos de los Archivos Capitular y Municipal, a la vez que logra saciar su codicia informativa en Aynsa, en el P. Huesca, en Traggia y en no pocas colecciones del tesoro diplomático aragonés, lecturas todas que le dan una idea de las dimensiones históricas de la ciudad en que vive y de la importancia documental de los monasterios oscenses que ha visitado.

En esta primera publicación oscense que hemos citado de don Ricardo, hallamos el embrión de no pocos escritos suyos de carácter histórico-arqueológico: de los monasterios altoaragoneses, de la majestuosa catedral, del recinto fortificado de Loarre y del castillo-abadía de Alquézar.

Una observación importa hacer aquí. Nuestro biografiado tuvo una sencilla, no arrogante, manía de completar publicaciones ya existentes sobre historia de Aragón, pero, a decir verdad, la tuvo también de completarse a sí mismo. Resultaban estas ampliaciones verdaderas exigencias de sus inacabables lecturas, y en todas ellas (hemos de anotar) el detalle cronológico, el punto de vista histórico y, sobre todo, el tono evocador y emotivo gana puntos. Realmente son nuevas e interesantes obras.

Una circunstancia (muy extraña y muy digna de elogio para una ciudad como Huesca) determina en el joven académico de la Real de la Historia una familiar afición a los estudios genealógicos. Ciertamente, la publicación de «Linajes de Aragón»⁵, revista quincenal y después,

5. «Revista de Historia, Genealogía y Heráldica Aragonesa» (Huesca, 1910-1916). Después, «Linajes de la Corona de Aragón» (Huesca, 1918-1920).

con variación de título, mensual, nos da idea del extraordinario ambiente cultural de la capital oscense y de la preocupación heráldica de las nobles familias altoaragonesas.

Del Arco en estos años, a vueltas de otras muchas y muy variadas lecturas, se afana en la busca de datos genealógicos sobre apellidos, escudos y casas solariegas del Altoaragón en los más variados nobiliarios, y lo hace con el mayor entusiasmo; más de una vez le vemos enfrascarse en empeñadas controversias y discusiones ⁶.

Nombrado en 1915 jefe de la Biblioteca Provincial, le consideramos ya en contacto directo con el interesante depósito bibliográfico que, por donación de Carderera, procedía del gran coleccionista oscense Lastanosa.

Suponemos que Del Arco, desde aquellas fechas, extractó y amplió los tres volúmenes de *Memorias literarias* ⁷, de Latassa, y ordenó y reseñó los expedientes académicos de la prestigiada Universidad de Huesca. Estos expedientes y aquellas memorias, ya conocidas por él, constituían para un lector de la codicia histórica de nuestro compañero, un tesoro inagotable de información aragonesa.

En esas memorias volvió a admirar al sapientísimo Antonio Agustín ⁸, numismático, arqueólogo, historiador y genealogista famoso, cuya prescancia científica había adivinado quizá en sus años de bachiller en Tarragona. En la lectura de estos «apuntamientos» apreció nuestro bibliotecario la valía del cronista Andrés de Uztárroz, personaje al que llegó a tomar extraordinario afecto y devoción aragonesa. En estas notas manuscritas comenzó a entusiasmarse don Ricardo con el museo del insigne Lastanosa, palacio en el que por muchos años se dio cita lo más florido de la erudición aragonesa del siglo xvii. En estas curiosas y detalladas anotaciones descubrió Del Arco a Marcuello ⁹, el poeta de los Reyes Católicos, al historiador cesaraugustano Espés y a tantos y tantos destacados personajes del Renacimiento y del Humanismo de nuestra tierra. En la lectura de estos tres densos volúmenes estudió momentos culminantes de la historia de Aragón, y en estos códices misceláneos se sintió herido, como oscense, al leer una sátira ¹⁰, tan injusta como despiadada

6. *El verdadero escudo de Huesca* (Huesca, 1918).

7. *Memorias literarias*, de Latassa. Ms. 76, 77 y 78 de la Bibl. Públ. de Huesca.

8. Figura muy eminente de la cultura aragonesa, protector del célebre gimnasio de Monzón, obispo de Lérida y obispo de Tarragona.

9. Natural de Calatorao y uno de los más antiguos trovadores de la Virgendel Pilar.

10. *El capuchino mártir*. Sátira de un sermón que pronunció el P. Huesca en 1782. V. Mem. liter., t. III, fol. 452 s.

contra el buen capuchino P. Ramón de Huesca. ¡Cuánta luz dieron a nuestro cronista estas lecturas y cuántos aspectos de la historia local y regional pudo aclarar nuestro querido compañero!

Por mucho tiempo absorbió la atención de nuestro académico la rica documentación de la vieja y célebre Universidad Sertoriana. Registró, anotó y después divulgó datos muy curiosos sobre la vida de ilustres universitarios. El zaragozano Llorente, el oscense Aynsa, el turoense Antillón y otros muchos prestigiosos alumnos del Estudio General de Huesca, quedaron perfilados en los breves esbozos de Del Arco.

Preocupación histórica documental.

La celebración del II Congreso de Historia de Aragón ¹¹ es el momento en que nuestro cronista entra de lleno en el estudio detenido de los grandes cronistas e historiadores aragoneses, comenzando por Zurita, al que en pocos de sus escritos deja de comentar documentalmente, y terminando por Uztároz, para el que, como hemos dicho, tuvo especial predilección. De todos ellos, desde aquella fecha, leyó obras impresas, transcribió documentos, hizo extractos y redactó comentarios.

El activo e inteligente secretario general del Congreso intensifica en estas fechas las «búsquedas» de documentos en archivos nacionales, regionales y locales. Los fondos aragoneses del Archivo Histórico Nacional, los de la Academia de la Historia, los del de la Corona de Aragón, núcleos principales de manuscritos, son objeto de consulta o de revisión. Pero más que éstos, le interesan los fondos locales, que examina con asiduidad y con aprovechamiento: los pergaminos del Archivo Capitular de Huesca ¹², las 187 hojas del viejo cartulario de San Pedro el Viejo, los documentos del Archivo Municipal oscense y los de los pueblos de Almudévar y Casbas. De archivos y de colecciones diplomáticas extrae Del Arco abundantes noticias documentales referidas a los siglos XI y XII ¹³.

11. Se celebró en los días 26 al 29 de abril del año 1920. El primero se había celebrado en Barcelona en 1907.

12. Muchas veces repasó los 233 folios del «Lumen» de esta iglesia, redactado por varios canónigos (1633 y s.)

13. Entre las carpetas de trabajos preparados por Ricardo del Arco en julio de 1955, figuraba abundante original sobre historia del siglo XII (Aragón y Cataluña).

Y fruto de estas investigaciones es su notable trabajo histórico *Huesca en el siglo XII*¹⁴. Prueba nuestro cronista en esta obra que había adquirido un concepto más ceñido y más documental de la historia de Aragón. El activo secretario del Congreso enfoca en su trabajo los más variados aspectos históricos de la capital del Altoaragón: el religioso, el social, el cultural, el artístico y el económico. No tiene esta obra el tono evocador y sentimental, tan del agrado del autor en otros estudios posteriores; tiene, en cambio, una visión más exactamente histórica de las estrechas calles y del conjunto urbano de Huesca, de las familias nobles y de los palacios que habitaban, de la estancia de los reyes aragoneses en su «predilecta» ciudad, de las personalidades eclesiásticas que en tal época regían los destinos del Reino, y de las más curiosas particularidades del culto catedralicio. Es, en resumen, la obra en que demuestra más cariño a «su» Huesca; es el estudio en que brota más fuerte su «oscensismo».

Profundo aragonesismo.

Sus visitas a Zaragoza son frecuentes a partir del año 1926, y le adentran plenamente en el ambiente cultural de esta ciudad y en sus medios histórico-artísticos. En la rica Biblioteca Capitular hojea cartularios y manuscritos, y en la lectura de éstos, se va encariñando con las instituciones eclesiásticas cesaraugustanas, como antes lo hizo con las oscenses; en la del Seminario de San Carlos se entusiasma con el rico donativo de Roda y sus notables joyas bibliográficas del Renacimiento, y en la entonces Provincial y Universitaria, en la que le ha introducido su compañero de Cuerpo y de actividades goyescas, el señor Jiménez Catalán, se traza un plan vasto de lectura, verdaderamente excedido: todos los cronistas del Reino, todas las obras clásicas de historia, todas las «memorias» y los libros «de gestis» de la Universidad¹⁵, todos los manuscritos (antiguos o modernos), todas las ediciones zaragozanas y... todo lo que, después de incesantes consultas de los abundantes repertorios bibliográficos, creía que podía saciar su creciente afán de lector.

14. Jugoso trabajo de 155 págs. con un apéndice de 31 documentos sobre la ciudad de Huesca, la institución real, la catedral y la vida religiosa, las circunstancias sociales de mozárabes, judíos y gascones, y la administración municipal (Huesca, 1922).

15. Le interesó la historia del Estudio general cesaraugustano en las siguientes obras: J. BORAÑO, *Historia de la Universidad de Zaragoza* (ms. núm. 183). I. CAMÓN, *Memorias literarias de Zaragoza* (1768-69). ID., *Historia de la Universidad de Zaragoza* (ms. núm. 198). D. FRAYLLA, *Lucidario de la Universidad y estudio de la ciudad de Zaragoza* (ms. núm. 221).

Y el plan, en cierto modo, se cumple. Hasta el día de su muerte nuestro compañero había de ser el más constante prestatario y el lector más asiduo de las obras de historia y de arte. Todo esto necesitaba, en aquel momento goyesco, para dar satisfacción a sus inquietudes estéticas y a sus propósitos (que son pronto realidades) de estudios monográficos del arte y de los artistas de Aragón; todo esto necesitaba, en aquella fase de fervor aragonés, para conocer con detalle la ciudad del Ebro, cuyas «evocaciones», noticias y «efemérides» había de publicar en breve.

Pronto tendrá nuestro amigo ocasión de demostrar sus grandes entusiasmos y sus no pequeños conocimientos del arte. Con la creación de la Universidad de Verano en Jaca, habrá de explicar, desde 1927 a 1934, cursos de arte español para extranjeros. Pensamos que este contacto con alumnos de otros países le sirve para conocer mejor la importante producción bibliográfica europea sobre nuestro arte patrio y sobre nuestros monumentos aragoneses.

Viajero muchas veces por tierras de Aragón, anotador todos los días de libros y manuscritos de su historia, impresionable en todo momento ante cualquier hecho artístico, es natural que el fecundo escritor pensara más de una vez en una obra de conjunto sobre nuestra tierra. Efectivamente, lo pensó, y como lo que pensaba lo hacía, escribió, en 1931, el voluminoso libro *Aragón. Geografía, Historia, Arte*.

Aunque sea sólo por tratarse de una obra singularmente representativa del quehacer histórico de Del Arco y porque, en su título y en su contenido, es netamente aragonesa, hemos de hacer mención de ella aquí. Este trabajo, multiforme y misceláneo, de 684 páginas densas, es sencillamente el resultado de veintidós años de lector de obras aragonesas, de muchas excursiones por los llanos y por las cumbres de la región, de no pocos extractos de crónicas de viajes hechos por españoles y extranjeros en varios siglos, y hasta de constante acopio de referencias cartográficas y fotográficas. Quiere ser síntesis completa de todo lo que concierne a esta bendita tierra. Obra es ésta que, si no tiene pretensiones de estudio científico, sí tiene una abundancia de datos, en cierto modo útiles para la curiosidad popular. Constituye exactamente un recurso de información para la erudición aragonesa. Responde, acaso, a ese «sentido de magisterio» que palpita en las obras de Del Arco.

Obra más propia de archivero que la referida, es su *Repertorio de manuscritos referentes a la historia de Aragón*, trabajo que fue patrocinado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y que, aunque la publicó en 1942, tuvo una fase de preparación en este largo período de

fervor aragonésista. La introducción, de 46 páginas, quiere ser un esbozo cronológico de la cultura aragonesa, hecho con fácil soltura, con extraordinario dominio de la bibliografía, que representa claramente el resultado de sus afanosas lecturas y de sus repetidas y bien aprovechadas visitas a los mejores depósitos documentales. Es la obra resumen de muchísimas horas de trabajo en Huesca, en Zaragoza, en Barcelona y, sobre todo, en Madrid.

En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia manejó, con singular aprovechamiento literario, unos 47 tomos de largas series documentales de los tres célebres archivógrafos aragoneses Abbad y Lasierra, Abella y Traggia, la rica colección Salazar y otros interesantes fondos de contenido aragonés. Labor parecida realizó en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional ¹⁶, en el Archivo y Biblioteca de Palacio ¹⁷ y en el Histórico Nacional.

Todas las anotaciones hechas en tantos años de «búsquedas» en archivos de documentación aragonesa, aparecen, puntualmente registradas, en el «Repertorio», con un total de 1.367 títulos, clasificados en veintiuna secciones de otras tantas materias y casi procedencias; y todo, completado con dos utilísimos índices, onomástico y de lugares, de notable interés para su consulta.

Se nos dirá quizá, y no lo negamos, que a esta obra le falta mucho para ser perfecta y completa, pero aun así hemos de afirmar que, dada la pobreza de catálogos y repertorios documentales en España, resulta un avance aprovechable para ulteriores y deseados inventarios de la riqueza de nuestros archivos regionales. Señala, al menos, Del Arco un camino a seguir en la ya retrasada tarea de dar a conocer los fondos documentales del Estado, de las provincias y de los municipios, y aun los de la Iglesia ¹⁸ y de la Nobleza. Y justo será reconocer que estos 1.367 registros documentales prueban no poco la capacidad de lector y anotador de nuestro ilustre bibliotecario y, sobre todo, su indiscutible aragonésismo.

16. Muy fácilmente consultada, con la valiosa orientación de su paisano Pedro Longás, para la búsqueda de datos relacionados con Sora, Lastanosa, Andrés de Uztároz, Dormer, Turmo, Lezaún y otros eruditos aragoneses.

17. Tan ricos en documentos y libros de Genealogía y Heráldica.

18. No podían faltar en el cronista de Huesca algunos estimables estudios relativos al Pilar: *El templo de Nuestra Señora del Pilar en la Edad Media*; contribución a la historia eclesiástica de Aragón (Zaragoza, 1945). *Necrologio insigne de la iglesia del Pilar, «Doce de Octubre»* (1947). *Fernando el Católico y la Virgen del Pilar, «Doce de Octubre»* (1950). El primero de éstos es una aportación documental de 143 págs., en función de defensa de la gloriosa tradición zaragozana.

Sentido nacional.

Muy temprano tuvo Del Arco contactos literarios con los más altos centros de cultura madrileños. Académico de las de la Historia y de San Fernando desde los años 1910 y 1914, respectivamente, con no poca facilidad frecuentaba los medios históricos y artísticos de la capital de España. Archivero además y con notable reputación de publicista, había publicado no pocos artículos de tema aragonés en varias revistas, principalmente en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», cuyo índice (de Gómez Villafranca) manejaba muy diestramente. Era, por tanto, su nombre ya conocido entre los investigadores españoles.

Pero, hay un momento en su vida de lector, de erudito y de escritor, en el que su punto de mira es, más que Huesca y Zaragoza, Madrid. Es el momento en que, pasados los años del Movimiento Nacional (que para Del Arco no fueron de inactividad literaria)¹⁹, siente mayor curiosidad por la cultura nacional. Aquellas «horas imperiales» que Del Arco vivió al vindicar, desde su retiro de Huesca, la figura de don Fernando, ha de vivirlas, hasta morir, conjugando, en muchos de sus escritos, la grandeza del Rey Católico con el renacer de una España nueva después del Año de la Victoria.

Estos años, principalmente de 1945 a 1955, son los más fecundos y los de más variada producción literaria²⁰. Es cierto que en los escritos de carácter nacional de Del Arco siempre resalta un poco su aragonesismo²¹, pero también es cierto que el sentido imperial no falta en las obras de la historia de Aragón que ahora escribe nuestro cronista. Es bien patente este sentido al destacar al rey aragonés como principal «artífice» de España, como si éste iniciara, con sus empresas, la «grandeza» y el alto «destino» de nuestra Patria. Y siente esta idea de «imperio» no sólo en el «político» Fernando, sino en las figuras cimeras de nuestra literatura, que Del Arco estudia en sus últimos años con un fuerte entusiasmo nacional: Tirso y Lope, Gracián y Luzán, y, princi-

19. En 1939 publica *Fernando el Católico, artífice de la España imperial*.

20. En el año 1945, aparte algún trabajo de menor importancia y aparte, sobre todo, de muchísimas conferencias y charlas por «Radio Zaragoza», publicó siete obras, una de más de 700 págs.

21. *Grandeza y destino de España* (Madrid, 1941). *La idea del Imperio en la política y la literatura española* (Madrid, 1944).

palmente, Cervantes. En éste, después de prolongadas e intensas lecturas, analiza minuciosamente la vida privada de los españoles, estudia con detalle las supersticiones del pueblo sencillo, capta la música y la danza de ese siglo maravilloso, penetra en el vivir de la clase media e ínfima, y hasta sondea la circunstancia política del medio ambiente en que vivió el autor del *Quijote*. Es decir, en unos cuantos trabajos de apariencia literaria, hace historia, diferenciada y menuda, de la España imperial. Realmente este programa de estudio y de análisis de las figuras señeras de nuestra literatura, demuestra una capacidad insospechada de lectura y un sentido de penetración realmente extraordinario.

Pero bueno será notar que, si en las obras de matiz literario, como las que hemos aludido, hace historia, en las obras de historia, como en las biografías, hace literatura. Véase, si no, las series de bosquejos personales que tituló, con singular acierto, *Figuras aragonesas*. Libro «primoroso» es éste, y así lo juzgó Azorín. En tres series²², diferenciadas sólo por el año de su publicación, pero no por el estilo ni por la forma, nuestro compañero nos presenta unos rápidos esbozos biográficos de la «falange aragonesa del Renacimiento» y de la «destacada erudición del siglo xvii», en los que realza, en muy breves páginas, con acusado relieve, con delicada penetración psicológica, con caudalosos conocimientos, con extraordinaria fuerza evocadora y con maravilloso sentido de selección, las vidas y los episodios emotivos y aleccionadores de varias docenas de «figuras» de Aragón, representativas del «genio de nuestra raza». Todas estas «figuras» están matizadas, histórica o psicológicamente, con singular acierto: unas veces en una heroína, como doña Violante de Luna, se matiza el «tesón»; otras, en nuestro incomparable Zurita, la «perseverancia»; otras, en Antonio Agustín, el san Isidoro del siglo xvi, la «sapiencia»; otras, en Goya, el «genio»; otras, en Cerbuna, el fundador de la Universidad Cesaraugustana, la «liberalidad»; otras, en Molinos, el quietista, la «viveza».

Un apunte, una fecha, un dato insignificante, le sirven a nuestro cronista para dar en ocho páginas un acabado retrato. Hay, no lo negamos, fantasía e imaginación, pero estas «figuras» aparecen bien perfiladas, atinadas de color y con un contorno muy vigoroso. Más de una vez,

22. En los años 1923 y 1926, las series 1.^a y 2.^a, que contienen 18 y 29 biografías, respectivamente, sin contar las referencias escuetas de «santos» y de «sabios» aragoneses, de los que no se resigna a no hacer breve mención. Al morir, estaba en fase de publicación una nueva serie de *Figuras aragonesas*. Es la 3.^a, que precisamente en estos días la Institución «Fernando el Católico» presenta impresa como *edición homenaje a su autor*.

los «parlamentos» ideados por el autor, en una breve página del esbozo, dan una fuerza evocadora de la situación que es verdaderamente admirable. En fin, una maravilla de expresión, de tino y de elegancia. Realmente, son aleccionadoras. Tuvo presente aquel lema de los romanos: *Posteritati et gloriae serviamus*.

Y esta es la personalidad literaria del ilustre cronista de Huesca. Tuvo vocación bien probada de historiador, con una predilección muy patente hacia cronistas y eruditos aragoneses, como Zurita y Uztárroz, que fueron sus ídolos. No disimuló su apasionamiento por monumentos y lugares oscenses determinados, como San Juan de la Peña, Loarre, Alquézar ²³, Hecho, Fraga. Gozó al evocar, galanamente, momentos interesantes de nuestra cultura en el «cenáculo» de Lastanosa ²⁴ o en la vieja Universidad oscense. Recordó agradecido sus solaces bibliográficos y documentales en bibliotecas y archivos, como en la Universidad de Zaragoza ²⁵ y en la de la Academia de la Historia. Estudió, como ningún otro, las glorias de Aragón, aun sin haber nacido en esta tierra. Gozó también, por su fina sensibilidad, de momentos sublimes al hacer revivir aspectos del arte aragonés. Fue codicioso de datos históricos, le acució siempre cualquier novedad informativa, y nunca le faltó entusiasmo para su incesante labor. Con una dicción cuidada, un estilo peculiar, alguna suave ironía y con una prodigiosa retentiva para recapitular, Del Arco supo dar siempre acertado color a sus fáciles descripciones y supo dar siempre vida y fuerza a sus atinadas evocaciones.

Pero, sobre todo y ante todo, en Del Arco jamás se debilitó aquella voluntad férrea de lector, que, si le proporcionó los goces más inefables, también, por haber hecho abuso de su ya escasa potencia visual, le puso en trance mortal.

Se despidió de la vida de lector y de escritor con el manuscrito 181 de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza.

23. *Catálogo Monumental de España. Huesca* (Valencia, 1942), C. S. I. C., 2 vols.

24. *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uztárroz* (Madrid, 1950), 2 vols. con un total de 1.020 págs.

25. En fines de diciembre de 1953 obsequiaba a la Biblioteca Universitaria, ya muy nutrida con las publicaciones suyas, con 64 trabajos publicados recientemente (Reg. núm. 27.038-27.101).